

número cero

ESPECIAL DIEZ CRÓNICAS FIL

diciembre 2009

José Emilio PACHECO

“Cuando uno escribe se tapa la cara con la página”

El escritor, nuevo Premio Cervantes, conmovió a un auditorio de unos mil jóvenes con su humildad y su maestría, en el encuentro más emocionante de la FIL

SERGIO CONTRERAS ALCARAZ

“Me acuerdo, no me acuerdo. ¿Qué año era aquel?”, como escribiera en *Las batallas en el desierto*. Una fría mañana de otoño, en la habitación del Hilton tapatío en que descansaba el poeta, un inoportuno timbre. Minutos antes, en España, donde ya había quebrado el día, el jurado del Premio Cervantes de las letras deliberaba a su favor. Con la modorra a cuestas, José Emilio Pacheco sabía de la unión de su nombre con el de Juan Gelman, Jorge Luis Borges, Carlos Fuentes, Octavio Paz y una treintena más de grandes.

Como por arte de magia, esa magia de saberse querido, Pacheco cargaba energía para entrar en la FIL y repetir mil ochocientos sesenta y siete veces la palabra que más había usado, y cada vez con más humildad, en los últimos meses: gracias.

Pacheco es generosidad, armonía, grandeza. Lo demostró en su encuentro con los jóvenes en una tarde para la historia. Sólo habían pasado 34 horas desde su gran triunfo con el Cervantes. El salón Juan Rulfo tuvo que hacerse el gordo aflojando su cinturón para dar cabida a unos mil adolescentes en la actividad estrella de la feria. Ahí le esperaban para darle un

aplauso que valía como abrazo. Una profesora de secundaria le brindó el piropo de la tarde: “Hoy es, creo, el día más importante de mi vida”. Y de no ser por la logística, Pacheco se hubiera permitido apapachar a cada uno.

Continúa Pág. 2



Pero no fue necesario: los envolvió a todos con una primera frase llena de modestia: “El mérito está en el libro y en la persona que lo lea, no en el autor”. Llegarían muchas más. En forma de lección: “La novela y el cuento son grandes chismes”. O como un gran consejo para los presentes: “No hay edad para empezar a escribir”. O en una confesión emotiva: “Comencé a escribir antes de saber escribir, cuando inventaba continuaciones a los cuentos de mis abuelos”. O en un testimonio de su sencillez y bondad: “Cuando uno escribe se tapa la cara con la página”.

“No hay edad para empezar a escribir”

—¿Cómo siente usted el amor?—, de la voz de Matilda, estudiante de la Prepa 14, llegó la pregunta, entrada la tarde, mientras la expectación se adueñó de la sala.

—Bueno, no sabría definirlo más que con lo que sé, que es escribiendo.

El escritor Xavier Velasco, su ángel guardián en la mesa, asintió rendido ante la sabiduría del maestro. Al inicio, él también le había propuesto hablar de amor. De Amor con mayúsculas, el tema del que todos creemos conocer, pero pocos definir. Pero el maestro evadió el envite. “Mejor que hablen ellos; yo he venido a escucharles y a aprenderles”. Todos querían hablar de lo mismo: *Las batallas en el desierto*.

Joselyn, preguntaba con su tierna voz si la vida de Carlitos, el personaje central, era un asomo de su infancia. Pero el autor reveló que todo era ficción. “Ojalá yo hubiera tenido una niñez como la de él. No hay nada autobiográfico, para mi desventura”.

Y es que en el imaginario existe la percepción que lo que narra ahí es un capítulo de su vida. Le preguntan en la calle por “su” hermano mayor, por “Mariana”, por “sus” terribles compañeros de primaria. “Je, Je, Je”, soltó una gran carcajada el maestro. “Yo no tengo hermanos. Eso es lo más curioso, pero me halaga mucho ese acogimiento que le han hecho a la obra”. Y más: “Voy a salir de aquí hecho un monstruo de prepotencia por tantas muestras de afecto”.

Pacheco situó “Las Batallas...” en 1948. Aunque admite que quizás se le haya colado algún anacronismo. Cuando la hizo, a principios de los 80, era becario del Centro de Es-



▲ José Emilio Pacheco, seguido del escritor Xavier Velasco, en el momento de abandonar su encuentro con los jóvenes. Foto: Jorge Alberto Mendoza

“Comencé a escribir antes de saber escribir, cuando inventaba continuaciones a los cuentos de mis abuelos”

critores. Ahí se topó con el ex presidente Miguel Alemán, mecenas de la agrupación y a quien plasma en un profundo entorno de corrupción en la obra. No sabía cómo firmar la novela cuando se lo pidió. Resolvió magistralmente: “Para el licenciado Miguel Alemán, porque sin él no existiría este libro”. El salón estalló en una carcajada.

El público se las había ingeniado para traficar al salón algunas bolsas de papas con salsa, botecitos con agua y chicles de mora azul. Sus cabezas moldeadas con subversivos peinados contrastaban con el gozo de estar ante el más grande escritor que habían visto de cerca. Michelle, Fernanda, Román y Hugo, alumnos de la Prepa 11, no entendían de premios, pero aún así atendieron con devoción las palabras del orador.

Los alumnos de la Prepa 13 fueron más lejos. Ellos montaron una adaptación teatral de *Las batallas en el desierto*. El espectáculo, que presenciaron más de 400 personas hace unas semanas, estuvo musicado con el bolero “Obsesión”, de

“La novela y el cuento son grandes chismes”

Pedro Flores. “Por alto esté el cielo en el mundo / por hondo que sea el mar profundo / no habrá una barreira en el mundo / que mi amor profundo no rompa por tí”. El escritor, de 70 años, mostró sincera curiosidad por ver el video.

El volumen del homenaje subía como el precio del kilo de tortillas en los últimos años. Al Reina Sofía de poesía, recogido unos días antes, se le sumaba el galardón más importante de la lengua española. Cuando el encuentro tocaba a su fin, decenas de jóvenes levantaron el brazo. Todos querían hacer la última pregunta. Fue la última batalla, pero ahí no había desierto. *

DOLORES GARNICA

La FIL es energía. Un torrente de pasión y cultura generado por unos 600 mil visitantes. Gente fascinada por sus ídolos: sus rostros y sus pieles, sus sonidos y olores.

Detrás de los 300 mil títulos que abarrotan esta FIL, hay miles de creadores. Así acontece en cualquier feria del mundo, de Madrid a Frankfurt, pero sólo aquí, en Guadalajara, los ídolos se hacen carne y se dejan tocar. Erica González ya lo experimentó. Esta ama de casa de 45 años espera la fila en el módulo de Santillana, cargada con ocho libros para conseguir la firma de Rosa Montero. *La historia del rey transparente* le cambió “un poco” la vida.

—Rosa!, ¿no te acuerdas de mí?, le espetó Luz. Te invité a cenar...

—Claro, claro que te reconozco..., contesta muy sorprendida Rosa Montero.

Diálogos tan cómicos como este se repiten a lo largo del día en las más de 50 sesiones de autógrafos confirmadas, en las presentaciones de libros, en el ciclo “Los lectores presentan” (inventado, a propósito, por Rosa Montero), que este año reúne siete títulos, en los módulos y hasta en los pasillos.

“¿Y cuántos libros autografiados serán leídos?”

Dentro de la Expo, los 500 autores presentes se convierten en protagonistas: firman, platican, abrazan, leen y sonríen entre ese murmullo parecido a un avispero que se escucha permanentemente. Los autores se transforman en seductores *rockstars* poco convencionales: de lentes, canas, sacos de pana y libros bajo el brazo. “La fiesta la hacen los escritores y los lectores juntos”, dice Jorge Volpi.

Debajo de cinco grandes globos que recuerdan los zeppelin, y donde Los Ángeles, ciudad invitada de honor este año, proyecta películas de Hollywood, Gerardo de la Garza, un tipo raro que se define como escritor y viste de un negro solemne, confiesa tener un vicio más grande que el cigarro: Matthew Pearl. “Tengo contacto con este escritor por internet y me invitó a saludarle. Es un guía, un maestro.”

Un auténtico maestro, José Emilio Pacheco, reciente Premio Cervantes, desata la locura entre unos mil jóvenes. Y dice una de las frases más sabias, más humildes y más profundas: “El mérito está en el libro, en la persona que lo va a leer, no en el autor”. Esto, dicho así, en una feria en que a los escritores se les contempla como a un firmamento de estrellas, ofrece otro motivo para acercarse a la FIL.

A la pasión por el libro y por el escritor, Pacheco une la pasión por el lector frente a la muchachada que Xavier Velasco defiende. Él también fue joven: “Cuando lees a un autor que te gusta, desarrollas una complicidad, una amistad

Una palabra tuya...

Escritores y lectores desatan su pasión por los libros en la expo



◀ El Premio Nobel Orhan Pamuk, durante la firma de libro Foto: Jorge Alberto Mendoza

pensa. Me recuerdan a mí persiguiendo a Cortázar en el Palacio de Minería”.

Exclusiva de la FIL es esa energía por conocer al escritor, por vivir el encuentro del lector con el rostro de las letras que en la intimidad revolucionaron su vida. Para el escritor mexicano Juan Domingo Argüelles el asunto tiene una definición: fetichismo. Esa devoción que nos une al libro como objeto, esa revelación que explica el porqué de las maletas con rueditas que algunos bibliófilos cargan desbordando libros; ese berrinche del niño en medio del pasillo por un libro para colorear; o ese olor intenso a papel bond, junto a la lectura, es el gran recuerdo de la feria. “¿Cuántos libros autografiados serán leídos?”, pregunta Argüelles.

En la larga fila de entrada a la FIL, de tenis blancos y calcetines negros, Enrique García y su esposa van emocionados a la presentación del libro de su escritor favorito, Paco Ignacio Taibo. Viajaron desde California con una fotografía en la que se abrazan a él: “Nos interesa co-

nocer a los escritores. Así te haces una mejor idea del libro”.

La FIL desata pasiones. Más de 200 personas se agolparon para obtener la firma en tinta negra del reservado Premio Nobel Orhan Pamuk, el domingo pasado. Para Sandra, Guadalupe, Montse y Marisol, esas chicas de “la prepa”, a las que no se les desordena un cabello, reunidas a las puertas de la presentación de *El viajero del siglo*, de Andrés Newman, conocer a su escritor predilecto es “como conocer a tu cantante favorito”.

Eduardo Crespo, con expresión seria y cámara digital al cuello, tiene otra filosofía a la hora de acercarse a este evento: “Vengo a conocer a los escritores y si me caen bien, decido si me compro el libro”.

En esta FIL hay 300 mil títulos. Todos llevan un rostro en esa parte que no puede ser leída, pero sí sentida. “Yo quisiera conocerlos, pero mis autores preferidos están todos muertos”, confiesa con sentimiento el escritor David Toscana. En esta feria se honra a todos. *

“El mérito está en el libro, en la persona que lo va a leer, no en el autor”

con él, aunque no sepa que existes. Así que una palabra tuya bastará para sanarte. Te sientes entendido, querido, y esta relación con mis lectores es una recom-

La invitada a la FIL defiende la diversidad de la segunda ciudad más importante de EEUU



Puente a L. A.

ROBERTO ESTRADA

Sobre el stand de Los Ángeles en la FIL vuelan cinco grandes globos. Uno de ellos, el más aparatoso, está inflado con una ilusión. Muestra en un video al alcalde de la ciudad, Antonio Villaraigosa, con un cartel en la mano en el que los 600,000 visitantes de la feria pueden leer: “Donde el mundo se une en la ciudad de soñadores”.

Esto es mucho más que un lema. La delegación de Los Ángeles desembarcó en Guadalajara con una obsesión: derribar fronteras para construir puentes.

Es mediodía en la FIL de Guadalajara, el pabellón del país invitado está rodeado de curiosos y de “guaruras”. Se escucha una voz que dice “buenas tardes” en un español que se tropieza en la lengua y que hace reír a más de uno. Insiste, “buenas tardes, no te escucho”, y los presentes regresan el saludo a coro. La voz es de Antonio Villaraigosa, “El Pochito”, como él mismo se ha dicho, el primer alcalde de Los Ángeles de origen mexicano. *Newsweek* lo ha calificado como *Latino Power*. Es la ceremo-

nia del listón: una sonrisa, un tizerazo, y se abre la feria con la ciudad que más mexicanos tiene fuera de México, la mayoría jaliscienses.

La gente se arremolina en torno a algo: la exhibición de los *low riders*; son de un gusto recargado en sus colores y accesorios. Sus dueños, Óscar, Alejandro y Joaquín se pasean con sus camisetas que en la espalda anuncian “orgullo mexicano”, mientras se toman fotos con todo el que lo desea. Pero ahora ellos son quienes piden una foto con el *Major* de Los Ángeles.

Los reporteros aprovechan para interrogar a Villaraigosa: no sólo la FIL, también interesa la vieja historia migratoria de racismo y sangre. La feria literaria es un gran escaparate y una oportunidad política para acercar a los dos países. El alcalde lo sabe y lanza su gran mensaje: “En vez de muros necesitamos puentes”.

En medio del trajín, una parte del pabellón ha quedado medio vacío. Es el área de libros. La gente no se detiene a observar los títulos que ofrecen —entre ellos uno de superación personal con una introducción de Antonio Villaraigo-

sa. Alguien suelta el petardo de que los gringos no tenían ni idea del tamaño de la feria y han traído apenas siete mil títulos en contraste con los cincuenta mil del año pasado de Italia.

Los Ángeles, interesada en la construcción del campus de la Universidad de Guadalajara

Pocos son los que conocen bien y se interesan por la literatura angelina. La mayor parte busca lo de siempre: Bukowski, Bradbury, Chandler. El escritor angelino Luis Rodríguez culpa a la frontera: “Es barrera para muchas cosas, y especialmente los libros”. Ahí sentado en los silloncitos del pabellón, con unos sesenta años encima, se le ve afable y reservado; atrás quedó el pandillero de los barrios mexicanos en Los Ángeles que terminó en la cárcel durante varios años. Su libro *Always running: La vida Loca, Gang Days in L.A.* da testimonio de ello. Dice que si entró en ese mundillo, como otros lo hicieron, fue por el sentido de pertenencia, sobre todo por el tiempo en que le tocó vivir la segregación racial más marcada.

My name's not Rodriguez es el poema que sirve de reclamo a su activismo en busca de justicia. Emocionado, dice que no se sienten inmigrantes, que son par-

te de la tierra, que hay un nombre más profundo en las raíces de la gente. Luis Rodríguez lamenta otra manera de discriminación: la del propio mexicano hacia los nuevos inmigrantes que buscan transgredir la frontera contagiados de “la idea de que Estados Unidos es mejor que otros países”.

El desconocimiento es mutuo. La directora de *Luvina*, Silvia Eugenia Castillero, al hablar de la revista se siente obligada a reconocer la ignorancia respecto al otro: “Sabíamos algo de la literatura de esa ciudad, pero no tanto”. Por este motivo se esfuerza Olga Garay, la directora de cultura de la ciudad de Los Ángeles, en mostrar la multiculturalidad.

Olga habla feliz y orgullosa del esfuerzo y de la inversión —2.1 millones de dólares—, y recalca que el mercado cultural no sólo son los latinos, que está abierto a todos, que Los Ángeles es una diversidad, y que la feria quiere mostrar todos los mundos posibles. “El requisito era la excelencia artística por encima de las características raciales”. Un buen ejemplo es la mezcla de actividades, desde Farid Mercury al consagrado Ray Bradbury, las necesarias voces chicanas, la fusión musical de Ozomatli o la danza africana de Lula Washington.

La directora cultural del país invitado sólo espera que esto no termine aquí. Y plantea un reto indispensable para su ciudad: la creación del campus de la Universidad de Guadalajara.

Entre el rumor de voces de la reunión se alcanza a escuchar la de Antonio Villaraigosa, que ante la insistencia de algún reportero que sigue preguntando sobre el tema migratorio le contesta: “La responsabilidad es de ambas partes”. *

DOLORES GARNICA / SERGIO CONTRERAS / HIRAM RUVALCABA

Al principio el aplauso de pie y Mario Vargas Llosa que entra como un relámpago con su traje azul marino impecable y con el perfecto peinado que siempre luce. Alto, guapo y sonriente, se presenta ante sus cerca de mil lectores reunidos.

El auditorio Juan Rulfo viste sus mejores galas en una tarde pletórica de expectación. Va a iniciar el diálogo entre los escritores Juan Cruz y Mario Vargas Llosa en torno a su libro *El viaje a la ficción*.

“El viaje a la ficción es una muestra de gratitud”

Escribir es la suma de las lecturas. Juan Carlos Onetti leyó a Proust, Joyce y Faulkner. Mario Vargas Llosa a Juan Carlos Onetti. Los escritores se forman a partir de otros escritores. Entre ellos se entienden, quieren, adoptan y en esa conversación su complicidad queda más clara que nunca.

La primera inquietud de Juan Cruz es la ficción. El peruano suelta una tesis pulida. La ficción nace cuando nuestros remotos antepasados, en el mundo más primitivo, después de descubrir el lenguaje y la comunicación inteligente, se reunieron entre ellos y empezaron a contarse historias, que al principio debieron ser recuerdos, memorias, a las que la fantasía fue enriqueciendo. Luego silencio absoluto: todos escuchan con ojos abiertos a Vargas Llosa que habla de un amigo; del libro que nació como una manifestación de gratitud; de la empatía por el Onetti que tenía que sentir un trance para escribir en hojas de cuaderno o en facturas; del primero que abrió la narrativa moderna en Latinoamérica; del existencialista antes de leer *El extranjero* y *La náusea*; del escritor que se entregó tanto a la literatura, que fundó una obra tan rica, tan bella y tan conmovedora, que no se puede hablar de pesimismo; del que rescata una parte del humano que tendemos a negar, aunque sabemos muy bien por experiencia, que forma parte de lo que en verdad somos; del que no salía de su habitación en hoteles, porque en los terrenos de la ficción tenía la posibilidad para realizar el viaje que deseara; del creador aventurado que alguna vez le explicó al peruano: Tú tienes relaciones conyugales con la literatura y yo tengo relaciones adúlteras.



▲ Foto: Jorge Alberto Mendoza

Uno de los más grandes escritores en español, dio una lección de amor y generosidad. Amor a la literatura de Juan Carlos Onetti; generosidad por la entrega apasionada a su colega contemporáneo

MARIO VARGAS LLOSA

Sobre su programa de mano tomaba dictado Ignacio Liaño. El joven de cabello largo y tenis negros con la imagen del Che, intenta que ninguno de esos precisos ensayos que surgen de la boca del escritor quede fuera de su proyecto de novela. Ignacio apunta como una lista de mandado: “Leer a Roberto Arlt”, “Necesito un narrador omnisciente”, mientras afirma con la cabeza ante las “sentencias” de Vargas Llosa. Todos parecen tomar dictado de la cátedra.

Detrás de Ignacio, unas jóvenes austriacas observan las pantallas gigantes: no entienden castellano, pero reconocen a su autor favorito. Hannah estudió el idioma de Vargas Llosa en su país natal y se esfuerza en comprender su lección de literatura y sencillez: más de una hora, en la que uno de los escritores más importantes que visitaron esta FIL se dedicó a hablar de otro escritor. La literatura que Onetti hace alejándose de la vida, no es una literatura que carezca de un aliento vital, que sea un puro juego intelectual. Todo lo contrario: la literatura de Onetti está cargada de una vitalidad de experiencias y manifestaciones de vida que él describe. Lo es indiscutible es cómo la belleza literaria puede convertir la fealdad en su opuesto.

En poco más de una hora Vargas Llosa ofreció el papel protagónico al escritor uruguayo que murió en España en 1994.

Saturado el Juan Rulfo. La gente no para de llegar. Inhóspitos los salones vecinos: Trino tampoco llena y Martha Chapa, quien presenta su *Saborear la vida* ante unas 15 personas, comenta: No contábamos con la competencia de una figura tan grande a un lado, pero todo sea por las letras.

Otros autores se justifican ante su fiel audiencia, mientras Vargas Llosa recrea uno de sus cuentos favoritos de Onetti: “El infierno tan temido”, que le sirvió como apunte para *El viaje a la ficción*, el minucioso y sistemático estudio de la obra de Onetti, desde sus primeros cuentos, publicados en 1933, hasta la novela *Cuando ya no importe*, de 1993.

“La literatura aumenta nuestras vidas y llena los vacíos que hay en ellas”

Al final, Vargas Llosa sale como un relámpago con su traje azul marino impecable. El público le aplaude de pie la lección de generosidad y la estela de sabiduría que dejó en sus lectores. *

¿Amenaza o aliado?

Ventajas y desventajas del libro digital

DOLORES DÍAZ

Dicen que el libro está amenazado. Dicen que la tecnología modificará las reglas del juego. Dicen que cambiarán las relaciones entre editores y escritores. Dicen que nacerá otra forma de leer. Dicen, dicen, dicen La Feria Internacional del Libro de Guadalajara, una de las más importantes del mundo y la más grande en español, también ha entrado a este debate. Nadie se atreve a aventurar por dónde irán los tiros. Pero todas las partes implicadas en el mundo del libro tuercen el gesto cuando se les plantea el futuro digital. Unos lo ven como una amenaza, otros como un aliado. El debate se presenta abierto y apasionante.

“Ya entramos en la era del libro digital”, afirma el diseñador colombiano Pablo Arrieta. Mientras, editores, escritores, libreros, bibliotecarios, profesionales del libro que abarrotan la sala de conferencias, permanecen aten-

tos a las perspectivas que anuncian el vertiginoso cambio de la edición y la tecnología. Muchas preguntas y pocas respuestas. Pero todos reconocen que hemos entrado en la era digital. Y, esta vez, para quedarnos.

Ray Bradbury y su novela *Fahrenheit 451* se vuelve un referente en la Feria Internacional de Libro de Guadalajara. Amenaza con un discurso sobre un futuro digital que nos invadirá, en el que puede llegar el fin del libro como objeto. Otros, no son tan pesimistas.

Los profesionales del sector tienen interés en prepararse para el cambio. El foro de expertos relacionados con la edición y la librería ante los cambios tecnológicos es un éxito rotundo. En el auditorio algunas personas llevan auriculares para escuchar la traducción simultánea al español. El público alterna las caras de asombro con las de incredulidad.

Pablo Arrieta, un auténtico bucanero viste de negro sobrio, sujeta su larga cabellera, porta en los dedos de ambas

manos anillos grandes de plata y una hebilla grande en forma de calavera en el cinturón, está dispuesto a romper con paradigmas de la tradición editorial. Presenta su ponencia de pie y menciona: “Vengo de otra generación.

En la pantalla se suceden imágenes de personajes como Batman, James Bond, Michael Jackson, Ray Bradbury, Marchal MacLuhan y Elvis Presley, iconos que se adelantaron a su época. Arrieta se declara a favor del pirateo legal, tanto para la música y películas, como para los libros, materiales que permitan poseer en tu *i-phone* o *blackberry* miles de canciones o libros. Su idea de pirateo legal arranca grandes carcajadas. El público tiene dudas de si asiste a una broma o a una provocación. Todavía resulta complicado hacer entender a la gente un futuro completamente electrónico.

El representante de *e-book* en el Reino Unido, Chris Meade, defiende su último invento: el *i-table*. Es una herramienta tecnológica que te permite descargar libros digitales en imitación de piel para que los resistentes a

las nuevas tecnologías sientan en su tacto el sabor del pasado. Un invento sofisticado que nunca da señales de qué estás leyendo, Nabokov, el periódico o una revista porno. Para Chris esto supone una gran ventaja.

El libro siempre ha tenido formas cambiantes: desde el papiro y los rollos del pasado más remoto, hasta un papel más selecto para la novela del XIX. Ahora, la tecnología ofrece una adaptación digital de cualquier soporte del último milenio. A gusto del consumidor. Todo el mundo habla de formas, pero ¿y el fondo? ¿Dónde quedan los creadores y las creaciones? ¿Y el respeto a los derechos de autor? Para esto, la tecnología y los tecnológicos sólo ofrecen silencio.

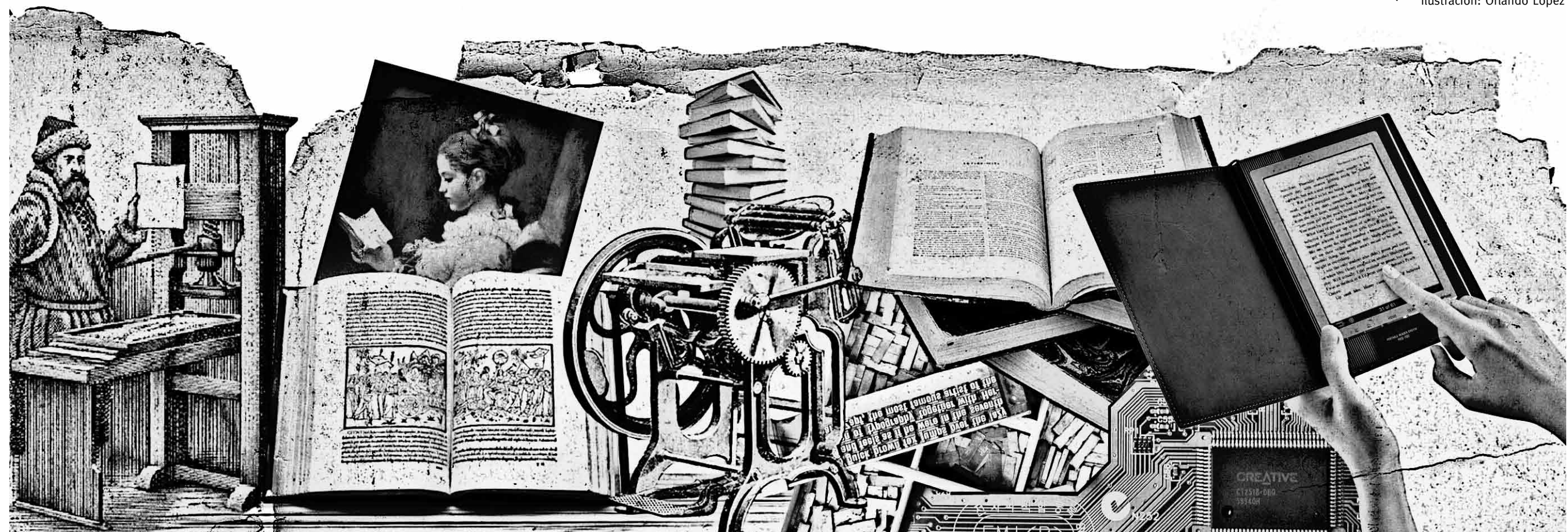
En otra sala de la feria, si hablan de la piratería y la pérdida económica para la industria editorial. Jesús Galera Lamadrid, representante de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana (CANIEM), advierte sobre la importancia de la legalidad en los libros y la necesidad de fomentar desde las universidades la conciencia de los derechos de autor.

Galera Lamadrid advierte que este año se perdieron mil 500 millones de pesos en el quebranto de 20 millones de ejemplares en pirateo”. Muestra en diapositivas que los indicadores de la actividad lectora son desalentadores: La gráfica muestra una tendencia de producción ascendente hasta 2007, año en que se observa un decremento que continúa en 2008.

La importancia de la lectura y de cómo las nuevas tecnologías han modificado nuestra forma de leer son los argumentos del libro *Si quieres leer*, del editor Juan Domingo Argüelles. Los jóvenes, que no leen en papel, tienen una enorme cercanía a la lectura a través de las bitácoras, los blogs, el chat, por lo que están escribiendo y leyendo al mismo tiempo.

Tomás Granados Salinas, también editor, asegura que el libro no está amenazado, y durará mucho tiempo. Él ofrece un mensaje más esperanzador: El libro continuará, seguirá cambiando su forma y los editores tendrán que adaptarse a las nuevas tecnologías y estrategias de lectura”. *

Ilustración: Orlando López



Debate sobre el futuro del libro

Seis opiniones para acercarnos a los desafíos digitales

J. R. CÁRDENAS

Los expertos pronostican que en 5 o 10 años sólo usaremos e-books. En México leímos, en 2008, unos 2.96 libros por habitante. La gran promesa de la tecnología en el país será abaratar y acercar el libro a los lectores.

El gran temor: que el público deje de comprar libros como en su día abandonaron los discos. Hoy, el 65% de la música es pirata, dejando en el aire a disqueras, tiendas y artistas. Los músicos pueden vivir de los conciertos pero ¿y los escritores?

•Nubia Macías, la voz de la Feria

Diferentes formatos, un mismo libro, al final lo importante es la lectura. Para Nubia Macías, directora de la FIL, “hay que incorporar las nuevas tecnologías. La edición bajo demanda puede acercar el libro; en Latinoamérica las distancias son tan grandes que se convierten en un obstáculo”.

“Podría pasar que, en un futuro, un editor de una ciudad pequeña o mediana compre los derechos de cierto libro para distribuirlo en su comunidad. Para ello, los escritores, las editoriales y, sobre todo, las autoridades tienen que hacer las leyes necesarias para evitar la piratería y que los autores y editores reciban el pago justo”.

Nubia Macías sigue apostando por su gran empeño: continuar haciendo lectores. “No nacen, se hacen. Hay que acercar a los niños a la lectura de placer, abandonando la obligación que imponen en la escuela, y creando con suavidad la seducción de las letras”.

•Steven Wasserman, el gurú del libro

Este hombre, en 1992, subió a la red el primer libro-e (*La guía del autoestopista galáctico*, de Douglas Adams) y divertido dijo: “Entonces todo el mundo se rió de mí, quizá harán lo mismo de lo que diga”.

Afirmó categórico: “Hoy, muchos creen que el futuro del libro es el *kindle* de Amazon, y eso no es más que una nube de humo. Vamos a pasar de las páginas a la pantalla”. Puso como ejemplo el software Sophie (de derecho libre para utilizarlo) que nos permite crear una lectura en red. “Con él podemos añadir en cuestión de minutos texto, música, videos, espacio para comentarios, y, lo mejor de todo, compartir experiencias con gente de cualquier lugar”.

Ilustró su discurso con un ejemplo: un poema de García Lorca al que añadió imágenes, comentarios y música que el mismo poeta compuso.

“Las proyectos complejos, en los que intervienen muchos autores, son el futuro. Quizá estamos llegando a una manera completamente diferente de entender las letras”.

•Miguel Olea, director de Elibro

Elibro, la empresa de contenidos electrónicos afincada en México, tiene ya 200 mil usuarios, principalmente universitarios, que pueden consultar una base de 25 mil libros. A la pregunta de si el libro-e acabará con su hermano de papel, el director vuelve la cabeza y con un gesto enérgico afirma: “Sólo hay que ver la feria, sigue creciendo, se ven-



Foto: Jorge Alberto Mendoza

den montones de libros impresos. Los dos formatos van a convivir. Todos somos fieles seguidores del papel”.

“El ahorro que provocan las nuevas tecnologías permitirá pagar más a los autores y editores”. Y podría abrir el camino a nuevos modelos de negocios en los que las editoriales pequeñas puedan incrementar sus ingresos.

•Javier Moreno, director de EL PAÍS

Javier Moreno, director del periódico en español más importante del mundo, afirma que “los periódicos en papel desaparecerán; diarios, revistas y demás información se leerá en pantalla” Aunque él piensa que “el placer de leer un libro de papel nunca desaparecerá”.

•Alberto Chimal, la Nueva Cara/Facebook

Alberto Chimal, escritor de corte fantástico, experimenta con *facebook* y con *twitter*, y organiza un concurso de mini cuento mensual, con una gran respuesta de los *lectoautores*. Los lectores participan con sus creaciones y a la vez votan sus textos favoritos. Tiene unos mil usuarios.

“Quizá las nuevas tecnologías, además de acelerar el proceso de compra-venta, incrementarán la velocidad con que se escribe. ¿Estaremos ante una revolución de la literatura instantánea?”.

•José Antonio Millán, editor y bloguero

“¿Cómo transformar la industria editorial en un país que lee poco?”, se pregunta el editor José Antonio Millán. “La manera industrial de hacer libros, que implica plantear enormes tirajes para asegurar las ventas y la distribución, sin importar la devolución, provoca la muerte de los libros. Son tantos y tan pocas las librerías. Hoy tenemos que asegurar la *bibliodiversidad*. Además de hacernos, los que participamos en la industria, responsables del impacto ambiental que tienen el consumo de papel y nuestros proveedores”.

Muchos profesionales apuntan a que el “bestseller”, los libros desechables, los que se leen por ocasión y se tiran o regalan, serán los que mueran y renazcan convertidos en electricidad, en blogs, en mensajes de celular o *i-phone*.

“Hoy, los editores tienen que reconstruir y reinventar todo el proceso, abriendo la puertas a las nuevas tecnologías. Tener en inventario digital todos los títulos para que se usen en el soporte material que el lector necesite”.

“Haber leído mucho o algo, puede dejar una cierta tristeza y desengaño. Es algo que puede atacar a quienes practicamos la minería del conocimiento”

CARLA GIRALDO DUQUE

Adolfo, el niño de 18 meses, enseña la lengua en una foto biográfica de uno de sus libros. Adolfo el escritor lo interpreta como una picardía de su infancia. Picardía prolongada y trascendente, pues a sus 57 años, este mexicano continúa su juego con la lengua. Él es el homenajeado al bibliófilo de este año.

Adolfo Castañón, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, premio Xavier Villaurrutia 2008, editor por casi 30 años del Fondo de Cultura Económica, traductor, poeta, espíritu y protagonista de tantas “tareas” y distinciones como se le pueden enlistar a un hombre de reconocible filia por el mundo de los libros, afirma ser un “leyente”. “Un pánfilo, eso soy: esa persona que está enamorada de cada cosa. Un apren-

Querer hacerse LIBRO

Adolfo Castañón, homenajeado bibliófilo del año, evoca su nostalgia por los libros

diz de todo y maestro de nada, con gran debilidad por la voz humana: en vivo, grabada o encuadernada”.

Un hombre que cree en la disponibilidad eterna de la palabra, como los antiguos padres del desierto creyeron en la oración perpetua. Un Adolfo que desde el 68 luce su invariable saco de corte inglés en pana y ese pretencioso

bolso de cuero que se presente biblioteca portátil. “Leyente” que al encontrar entre muchos uno de sus libros, goza sintiéndolo de vuelta en sus manos y reacciona con la búsqueda inmediata de su nombre, como si cada vez que se reconociera como el autor renovara sus votos y devociones.

Un Castañón que si bien sólo deja en sus creaciones uno que otro rasguño o nota en lápiz hasta atrás, ha recibido por ello embestidas de insomnio, jaquecas y otras “marcas”. Enfermedades de bibliófilos al fin. “Haber leído mucho o algo, puede dejar una cierta tristeza y desengaño, y aunque yo no lo he experimentado en profundidad, creo que es algo que puede atacar a quienes practicamos la espeleológica o minería del conocimiento, pues si se baja demasiado, falta el aire. El silencio, el ocio, la pereza, la cocina y la música son buena medicina para sanar esa repentina enfermedad del hartazgo de tanta pasión”.

Hijo de un padre que leía todo el tiempo, decidió precozmente ensayar y convertirse en libro para que “él me escuchara”. Ahora con más libros escritos que años y con el reconocimiento que han merecido muchos de sus maestros, como José Luis Martínez y Andrés Henestrosa, a Adolfo Castañón sólo le queda gratitud, un tanto de recelo por la exposición pública de la que se ha sabido escapar y la satisfacción de que quizá, para él, sí es posible *hacerse* libro.

“Ya no puedo seguir disimulando que ando cargando libros y eventualmente leyéndolos y conociéndolos. Ser bibliófilo FIL es un señalamiento en público del que no me quiero escapar. Significa que no he sido un espejismo producido por el fervor de la amistad de los míos”. *

Foto: Jorge Alberto Mendoza



Los diálogos literarios entre Carlos Monsiváis y Hugo Gutiérrez Vega desbordan de energía el Paraninfo

Nosotros SÍ creíamos en la POESÍA

HIRAM RUVALCABA

“Nuestra generación creyó despiadadamente en la poesía.” Las palabras de Carlos Monsiváis resuenan en el paraninfo con fuerza ascética. En la sala, abarrotada, a pesar de no encontrarse dentro de la FIL, el público no disimula el asombro ante la frase del ensayista mexicano, que concentra la atención colectiva con un magnetismo descomunal —algo común en todas sus intervenciones. Cabizbajo, hace una pausa larga antes de continuar; se encuentra enfermo y su malestar es evidente en la voz que emerge de sus pulmones fatigados.

Lo acompaña Hugo Gutiérrez Vega. Inauguran la cátedra que lleva su nombre y configuran uno de los eventos más importantes para el periodismo cultural y las letras en Jalisco. Es uno de los mejores momentos en el marco de la FIL.

“Los jóvenes ya no creen en la poesía: quién puede decir ahora de memoria un poema”

Enfrentados a un centenar de estudiantes universitarios, los escritores discurren sobre el papel de la poesía en la vida. Las luces de las cámaras fotográficas remarcaban sus gestos, lo que da un efecto de intermitencia.

Un aire de celebración inva-

de a los presentes. Se festeja a Hugo Gutiérrez Vega. Roberto Castelán Rueda, rector del CULagos, remarca la importancia del evento y enfatiza que “las universidades deben unir el arte y las ciencias”. Adolfo Espinoza de los Monteros, rector del CUSur, se limita a describir el currículo.

Ante el protocolo, una parte del público divierte su atención y queda pasmada al observar los trazos enérgicos en los murales de Orozco. Toma la palabra Alejandro Sánchez, director de la cátedra: “Hugo, éste es un homenaje a tu vida, que nos da la oportunidad de vivir las letras mexicanas”.

Una muchacha avanza hacia el escenario, se planta frente al micrófono y recita un poema: “Para la abuela, que hablaba con pájaros creyéndolos ángeles”. Su voz colorea el salón y recupera la atención de los presentes. “La abuela abrió las puertas de la mañana; entraba el sol por el balcón cerrado y un rayo se pegaba a sus gafas solares.” Detiene el movimiento de sus manos cuando termina el poema y con pasos lentos —trémulos— sale de escena.

Ruidos de fondo, una pantalla que se enciende. Carmen Villoro, quien también se ha sumado a los asistentes, aparece hablando del autor: “Es un hombre que transmite toda su poesía en todo su ser”.

Los directivos abandonan la mesa, bajan las escaleras y hacen que unas estudiantes les cedan sus asientos. “Es un individuo apostólico, tiene la presencia de una voz profética; es un escritor que se derrama en demasías”, asevera Vicente Priecado.

Cuando termina el video, Monsiváis levanta por primera vez la vista, voltea a ver a su acompañante y aplaude

sonriente: “Me sumo a las celebraciones, Hugo, y ahora podemos concentrarnos en el contenido de la cátedra”.

“Nuestra generación creyó despiadadamente en la poesía. Ahí está el ejemplo de José Emilio, quien ha sido tan justamente reconocido con el Premio Cervantes.” Como era de esperarse, el discurso de Monsiváis favorece el silencio asombrado de los presentes. “Los jóvenes ya no creen en la poesía. Quién puede decir ahora de memoria un poema”.

“Ya no circula poesía de ninguna especie, porque no va con el iPod”

Aclaran su garganta y comienzan a recitar, turnándose, verso a verso, el poema de Francisco González León. “Fue mi libro de texto un amor escolar, una muchacha triste la que llegó a quererme tan hondamente que dejó al pasar...”

Monsiváis se detiene y aventura unas sílabas ansiosas, tratando de terminar la frase. Gutiérrez Vega la continúa y ambos inician un dúo que embelesa a la audiencia: “...por sobre de mi vida otros atardeceres”.

Al silencio del final sigue una ola de aplausos. Monsiváis agrega: “Ya no circula poesía de ninguna especie, porque no va con el iPod”. El público suelta la primera carcajada.

Los murales de Orozco marcan su charla. Monsiváis rememora su primer encuentro y se mofa de los inicios de



Los escritores entablaron diálogos en el Paraninfo Enrique Díaz de León.



A la izquierda, Hugo Gutiérrez Vega y a la derecha, Carlos Monsiváis. Fotos: Jorge Alberto Mendoza

la carrera política de Gutiérrez Vega: “Cuando lo conocí, en 1955, yo estaba en la juventud comunista y él era militante del Partido Acción Nacional, participando en un concurso de oratoria”. Los asistentes acompañan al poeta aludido con una risa tenue. “Tuvimos un intercambio ríspido y dejamos de vernos mucho tiempo”. Lo interrumpe su acompañante para hacer una precisión histórica: “Efectivamente nos conocimos en 1955 y yo era orador, pero

Carlos era *manager* de oratoria: siempre que alguien de su grupo no sabía cómo continuar su discurso, acudía a él”, y una suave carcajada general acompaña ahora a Monsiváis. Todos los presentes navegan en la memoria de los autores durante algunos minutos más. Al terminar la charla, se retiran. No hay preguntas por parte del público: se ha dicho todo lo necesario. Queda en el Paraninfo un aroma transparente: huele a poesía renovada y eterna. *

CRISTINA RIVERA GARZA

La escritora gana por segunda vez el Premio Sor Juana Inés de la Cruz y convierte su obra en un elemento diferenciador dentro de su generación marcada por los límites

La otra voz de la frontera

KRYSSIA ORTEGA

Tenía 11 años cuando sintió por primera vez la necesidad de poner algo por escrito. “Veía algunas cosas que me parecían tan hermosas que quería traducirlas a palabras. Esos sitios que conocí las veces que nos cambiábamos de casa”.

Hoy, más de tres décadas después, es una voz privilegiada. Su obra ofrece la otra cara de la frontera. Es una escritora en un mundo donde sólo hablan los hombres, y escribe más allá de la violencia, la matanza de mujeres y el narcotráfico.

“Son muchas mujeres las que tengo dentro. Para ellas escribo, para investigarlas”

Cristina Rivera Garza, a sus 45 años, es la única escritora que ha conquistado en dos ediciones el premio Sor Juana Inés de la Cruz. La primera, con *Nadie me verá llorar*. La inspiró la obsesión de un fotógrafo, que fue tras la identidad de una mujer en un manicomio y que creyó conocer tiempo antes en un burdel. La segunda, con *La muerte me da*, narra la historia de una mujer que encuentra un cadáver castrado de un joven al lado de unos enigmáticos poemas, y se convierte en informante de la policía.

“En mis libros todo es autobiográfico, nada es personal. Utilizo mucho los elementos de la vida cotidiana, como cuando escuché a un acomodador de coches preguntarle a un taquero si sabía qué es

la metáfora. El taquero le responde que es algo que tiene que ver con la imaginación. Eso me encantó”.

“En mis libros todo es autobiográfico, nada es personal”

Pasa por la Feria de Guadalajara sin desatar grandes pasiones. Nada que ver con los gritos entusiastas que provoca Carlos Fuentes o los abrazos multitudinarios que recibe José Emilio Pacheco. Cristina es una mujer extremadamente sencilla, de un estilo particular, que no teme lucir un bolso amarillo estridente y un anillo hecho con un cierre morado, accesorios que contrastan con un saco serio y una blusa de adolescente.

Nacida en Matamoros, en la frontera noreste de México, es una escritora que enseña a escribir. Su vida se rige por las palabras, las que dicta en la Universidad de California, en San Diego, y las que pueblan sus obras. En lo que escribe busca descifrar a las mujeres que lleva dentro. “Donde hay diferencia hay frontera, y ese es el concepto que me interesa de lo fronterizo —el lugar umbroso, flexible, fluido, paradójico”.

Trabajo, juego y riesgo definen para ella la literatura. No la limitan los lugares. Le ha perdido el miedo a aeropuertos y hoteles: escribe en todas partes. También para encontrar a las mujeres que lleva dentro de sí.

“Son muchas mujeres las que tengo dentro, especialmente mi hermana muerta a los 19 años. Todas las que he sido, pero fundamentalmente las que no he sido. Para ellas escribo, para investigarlas”. *



Foto: Jorge Alberto Mendoza

Lo que creí decir

—Pero si es un cuerpo —farfullé para nadie o para alguien dentro de mí o para nada. Al inicio no reconocí las palabras. Dije algo. Y eso que dije o creí decir era para nadie o para nada o era para mí, que me escuchaba desde lejos, desde ese lugar interno y hondo donde no llegaban nunca el aire o la luz; ahí donde se iniciaba, hostil y avorazado, el murmullo, el atropellado aliento sin voz. Un pasadizo. Un bosque. Lo dije después del azoro; después de la incredulidad. Lo dije cuando el ojo pudo descansar. Luego de ese largo rato que me tomó volverlo forma (algo visible) (algo enunciable). No lo dije: salió de mi boca. La voz baja. El tono del espanto o de la intimidad.

Comienzo del libro “La muerte me da” Ganador del premio Sor Juana Inés de la Cruz 2009.



Y la NOCHE trajo el TSUNAMI



Una de las fiestas de la FIL en el Salón Veracruz. Fotos: Jorge Alberto Mendoza

ADRIANA NAVARRO / OMAR GARCÍA

“Ahorita estamos muy decentitos, pero tengo muchas ganas de que me pregunten: ¿qué tal la borrachera de anoche?”, dijo en la FIL Chavela Vargas, el ícono bohemio de la voz aguardentosa, la cantante de 90 años que vivió de la noche errante junto con José Alfredo Jiménez, para escribir letras desgarradoras y consolar a los enfermos de amor.

Ese primer día en la FIL, tarde del 28 de noviembre, Chavela Vargas ya estaba hablando ante cientos de personas del alcohol y de su vida subversiva. De esto también vive la feria.

La fiesta no sólo deambula en los auditorios siempre saturados. Cuando caen las luces del recinto y se silencian los ecos de los creadores, la noche explota.

El Veracruz es el centro del tsunami. Un salón del baile arrabal, construido en los '70 y engalanado con globos rojos, azules y dorados, muy kitsch, ubicado en el corazón de Guadalajara. En la pista, el cuerpo se ablanda con salsa, merengue y chachachá.

En medio de la desenfundada noche, cualquiera pasa inadvertido: hasta Lydia Cacho y Xavier Velasco, que horas antes eran asediados en “calle de los cuentistas, esquina novelistas”, en Expo Guadalajara.

El Veracruz es como un cuento en el que conviven escritores, lectores y bohemios. Todo es democrático. El tequila es el brebaje que ayuda a desenganchar los complejos, para aspirar a moverse como los rumberos. Muchas veces no se logra.

Hay más giros en el guión de la fiesta. Ir a la exquisita gala de Tusquets es como leer poesía de García

Lorca. En una casa Art déco, se brinda con champagne al lado de Sergio Pitul y Elmer Mendoza. El pasaporte es frac y una invitación que sólo obtienen unos cuantos, aunque la élite termine comiendo fetiches mexicanos: tacos, tortas y quesadillas. Ahí la noche concluye pronto.

Al cambio de página entramos a la película de *El gran Gatsby*. Los de Sexto Piso montan un escenario para que jóvenes sibaritas y artistas ataviados con chaleco, tirantes y sombrero, beban sin complejos litros de Jack Daniels, mientras se oye “Black eyed peas”.

El epílogo es para la tertulia de prensa. En una casona oscura, con sillas y mesas plásticas, iluminadas de luces descoloridas, donde el piso vacila a causa de tragos espirituosos, todo puede pasar.

Cuando el tsunami baja, toca descansar. Y soñar. *





Verde y negro

Dos maneras de acercarse a una feria en la que el 40 por ciento de los visitantes son jóvenes

RODOLFO TORRES

La Feria Internacional del Libro tiene una bondad incomparable: fanáticos y detractores pueden estar en un mismo sitio, donde da igual si *High School Musical* o la última obra de José Emilio Pacheco son amadas, odiadas. La feria puede ser cultura para muchos; para otros, el pretexto perfecto para ejercitar el esnobismo, o bien, para aplicar las tácticas románticas del momento. Lo único verdaderamente inquestionable es que la diversidad toca rostros jóvenes de una manera ingenua y de pasión total.

Es un espectáculo protagonizado por cientos de miles de personas durante nueve días, donde los colores verde y negro que representan a la ciudad de Los Ángeles distinguen y unen, al mismo tiempo, dos de sus caras: Mariana y Alejandro.

Allá, en los escalones que separan la sección internacional, se encuentra Mariana. Quizá ése sea su día más rosa, lo delatan sus ojos cristalinos detrás del armazón negro que asemejan un estilo a la Carlos Monsiváis.

“Me gustaría leer más cosas, a veces no sé qué podría ser lo más indicado, dejo que la descripción de un libro

o lo que ha hecho un autor me motiven a comprarlo”. La fantasía ha encontrado en esta lectora de 19 años un título que ella misma se atribuye: “Soñadora”.

“Me mueve muchas cosas, como si pudiera salirme un ratito de lo que veo a diario, ¿no?... Es como vivir algo que no es tuyo, pero que a la vez sí... o sea, es como raro, pero muy padre”. Su risueña realidad la ha traído a la FIL desde hace cinco años. La rutina diaria sólo cambia cada noviembre, siempre motivada por su encuentro con las letras.

Si el lado rosa ha sido de Mariana, el lado oscuro se puede atribuir a un personaje como Alejandro. Ahí, en el recinto, casi del otro lado, un trío de jóvenes son observados por Alex. De una figura peculiar por su delgadez y altura, este joven de 21 años cuenta sus pensamientos. Reflexiona y critica a otros jóvenes como él; su burla a la feria y a sus visitantes sólo es interrumpida por una coca cola que se desparramó por accidente.

“Muchos vienen nada más a echar relajo, y me caga que otros vengan para decir que vinieron. No me gusta ser como los demás, sin nada en la cabeza”. Alejandro camina solitario por los pasillos de un evento que parece no entender.

“¿Y si no me gusta la literatura hispanoamericana?”, se cuestiona el joven mientras observa libros

de García Márquez, Fuentes o Benedetti. “Eso es lo que no me gusta de mi carrera. Sólo se centra en ellos, como si no hubiese más cosas”. La estrechez que dice encontrar en el mundo que le rodea ha orillado a este estudiante de letras a buscar otros caminos literarios que apuntan al lejano Oriente.

Mariana y Alejandro son como agua y aceite, no se conocen porque de hacerlo no acabaría el debate... para él la feria es muy fresca, para ella es catarsis total “una oportunidad para conocer escritores y escritoras, y sentirme emocionada”.

Con un claro recelo Alejandro sentencia: “Los escritores son como los *rockstars* que sólo quieren darse caché con sus fans; es como cuando una tipa se encuentra con los Jonas Brothers”. A Mariana le quedará una duda incapaz de ser respondida: “Estoy interesada en saber cómo se inspiran, cómo se lo imaginan... qué han vivido para escribirlo.”

La Feria está llena de personajes de todos los colores, el próximo año, cuando el verde y negro de Los Ángeles trasmuten en los colores de la comunidad española de Castilla y León, quizá Mariana y Alejandro cambien de opinión. *

directorio